

Cuarta Conferencia. 6 de septiembre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

Anteriormente hablamos de las relaciones del hijo con la madre. Hoy vamos a considerar el aspecto inverso, es decir, las relaciones que tiene la madre con el hijo, de qué manera se lleva cabo en el ser humano este curioso fenómeno, el amor materno, y cuáles son las ideas que se me han ocurrido al respecto. No es posible explicar cabalmente todas estas cosas en su conjunto pues aquí entran en juego las teorías de la herencia y otras cuestiones que deben considerarse en otro contexto. Lo que hoy nos interesa son las sensaciones suscitadas en la mujer durante el embarazo y los procesos subsiguientes. En primer lugar hay que considerar que esas sensaciones no son solamente de posesión y alegría, sino que también se mezclan con ellas otros sentimientos recalcitrantes que despiertan remordimiento, así como ciertas representaciones de miedo que conducen a fortalecer las sensaciones de amor, del mismo modo que una balanza se inclina de un lado para poder remontarse alternativamente del otro. A continuación quisiera señalar algo más: se da un proceso de tipo material, como es el hecho de irse sintiendo paulatinamente llenado. Este fenómeno, el hecho de que durante el embarazo la mujer esté llena, que no se sienta vacía, sino plétórica y saciada, no sólo es importante para juzgar el embarazo y el nacimiento, sino que además desempeña un gran papel en la vida humana. También está en relación con los procesos de beber y comer, puesto que el ser humano experimenta alternativamente los sentimientos de saciedad y vacío. También el hombre siente el deseo de estar embarazado. No cabe duda de que racionalmente no puede representarse la posibilidad de tener un hijo, pero no por eso deja de tener el sentimiento de vacío y la necesidad de llenarlo. Lo tiene hasta cierto grado, y también en él se puede descubrir, muy oculta, la pulsión de concebir un hijo. Está en relación con un sentimiento ahora proscrito: el de las relaciones sexuales entre hombre y hombre, y entre mujer y mujer, que no son nada contra natura, tal como nuestra moderna concepción estima. Forman parte de lo normal y además han representado un gran papel en la historia. En el embarazo, la mujer experimenta un sentimiento de satisfacción, y ésta es la causa de su predilección por el objeto que le proporciona ese sentimiento: el que le llene el vientre, el vacío. Si no lo tiene, se pone gorda y echa un gran vientre. Cuando alguien engorda, se puede afirmar con seguridad que siente en sí un gran vacío y que intenta eliminarlo engañándose a sí mismo. Todo lo que penetra en el cuerpo se acumula en el vientre y se manifiesta mediante la hinchazón. Ocurre también en los hombres, y no sólo a lo largo de un lapso prolongado, sino también durante minutos, horas, días. Casi siempre se puede demostrar por qué el individuo en cuestión ha tenido en su subconsciente la idea de estar embarazado; proviene de cosas que se han oído, sentido y sobre todo comido. El ser humano está acostumbrado al hecho de que todo aquello que hace engordar entra por la boca, y de este modo se despierta la representación del embarazo por la boca que tiene también un papel importante en los cuentos y representaciones infantiles. La gordura y la delgadez juegan un gran papel en la vida del ser humano y en las enfermedades. El vientre es la única parte del cuerpo que puede dilatarse. Es como una esponja gigante que puede empaparse plenamente y que luego pesa sobre los diversos órganos. Personas sensibles que tienen veinte veces al día la idea de estar encinta presentarán poco a poco síntomas francamente curiosos, síntomas de enfermedad notablemente inauditos, casi siempre, en el caso de la mujer, en el útero y los ovarios, y en el caso de los hombres se pasa a otros síntomas más raros y complicados. Muchas apendicitis, afecciones ginecológicas, estreñimientos, palpitaciones cardíacas, etcétera, tienen que ver con ello. El sentimiento de plétora y satisfacción es uno de los fundamentos principales del amor materno; y no se trata de una relación de tipo espiritual, sino ante todo de una relación material, comparable al sentimiento que se experimenta

después de una buena cena.

Hay un segundo proceso relativo al sentimiento de dominación, de poder absoluto sobre la criatura que uno mismo crea, presuntamente formada a partir de la propia carne y la propia sangre, como suele suponerse, cosa que sin embargo no es exacta, porque el niño no tiene mucho que ver con la carne y la sangre de la madre. Es la única vez en que la mujer experimenta realmente: “una vida humana depende de mí; una vida que, andando el tiempo, influirá en el mundo”. En el fondo, cada madre supone que va a traer al mundo un dios. Las ideas que a este respecto se hallan en los diferentes mitos y las diferentes religiones no han sido inventadas, sino que están en el corazón mismo de cada mujer. Enseguida entran en función otros aspectos. En el mundo se ha difundido la leyenda de que el embarazo es un estado desagradable. Es una mentira creada por nuestra época. El estado de la mujer no es en modo alguno incómodo ni doloroso; es la satisfacción más alta y pura que puede tenerse en la vida. Es el sentimiento de tener algo en el vientre, algo vivo, que se mueve, que mueve y acaricia el cuerpo. Por tanto es un absurdo pensar que se trata de un estado desagradable. Si se educara razonablemente a las niñas, los síntomas de enfermedad, los vómitos inexplicables, los adelgazamientos, etcétera, no aparecerían nunca. Creo que toda mujer sincera reconocerá siempre que se la interroga con toda franqueza, que aquellos momentos durante los cuales se ocupó de su hijo antes del nacimiento han sido los más hermosos de su vida, y así se entiende que en los pueblos primitivos un embarazo siga a otro, lo cual no quiere decir que por esta razón todos los niños sean infinitamente amados por la madre. En efecto, la negra africana desea tener hijos, pero no se apega mucho a ellos de una manera individual. Tras el nacimiento expone a la criatura al más ardiente sol ecuatorial, para ver si lo soporta. Únicamente quiere conservar a los hijos fuertes. Siempre se habla del sentimiento materno como de algo sagrado, como si fuera llovido del cielo. Si bien no actúan fenómenos hereditarios, se trata de una relación amorosa entre madre e hijo contraída del modo más sutil. Y de aquí llegamos a un acto de la vida femenina casi siempre mal comprendido: el nacimiento. No es un acto espantoso; al contrario es el mayor goce que puede conocer la mujer. Es doloroso, cierto; pero no hay expresión más extasiada ni entusiasmada que la de la mujer durante el parto. No es un sufrimiento, un tormento o una preocupación que deprima; es un dolor que exalta, que embarga, y en el que descansa todo el amor materno. Además de la proeza, la excitación puramente física es de una prodigiosa voluptuosidad; en ella volvemos a encontrar uno de los puntos en que se dan cita los grandes errores: el papel que desempeña el dolor en la vida humana. El dolor no es simplemente desagradable; dolor rima con amor. No se trata tan sólo de una relación débil y gratuita; estamos, por el contrario, ante uno de los problemas más profundos e importantes de la vida amorosa y de la vida humana. El dolor llega a ser desagradable cuando se vincula con la angustia y la preocupación. Sin embargo, el dolor puro es en general buscado por el ser humano, por una parte para infligirlo y por otra para sufrirlo. No hay relación humana en que ambas cosas –infligir dolor y querer sufrirlo– no intervengan y desvelen la vida del alma. Quiero llamar la atención sobre algo que en nuestra época ha pasado a ser curioso: nos hallamos en la más completa ignorancia a este respecto. Hemos asignado al hecho de infligir y de querer sufrir dolor la noción de lo insano y lo perverso.

Este estado de cosas ha llegado a su culminación en un médico, un psiquiatra, que ha tenido la loca idea de declarar perversas estas pulsiones y su cometido, algo así como un crimen merecedor de la muerte, hasta el extremo de que cabe preguntarse si se podría llegar a perdonar alguna vez. Esto ha dado lugar y motivo a grandes estupideces y se ha convertido en un lastre para los seres humanos. Nunca ha habido sobre la faz de la tierra un ser humano que no haya tenido simultáneamente el deseo de infligir dolor y sufrir dolor. Existen, eso sí, grandes diferencias y límites. Ambas pulsiones están presentes en todo ser humano y son el fundamento de cosas tan importantes como el amor materno, la relación entre cónyuges y la marcha misma del mundo. Aprendemos hoy en nuestra propia carne lo importantes que son y pagamos un alto precio por la miserable concepción que durante años y siglos condenó a la pulsión de la crueldad. Es la razón más profunda que hace que esta guerra sea tan cruel.

El salto de un humanitarismo embrutecedor y estúpido a esta infame e innoble furia recíproca no encuentra fácilmente parangón en la historia. Querer sufrir y hacer sufrir son fundamentos del ser humano, innatos en él, que crecen con él y que no le abandonan. Hay un hecho que lo prueba: pertenecemos a una religión que comprende aproximadamente seiscientos millones de seres humanos; su punto central es lo más cruel que se pueda imaginar: la crucifixión de un dios, un hecho tan curioso, que no hay que perderlo

de vista, sino prestarle suma atención: al fin y al cabo es porque hay en el ser humano tal placer por la crueldad por lo que esta religión se ha propagado así. La religión cristiana no es la única que ofrece la representación de la crueldad; en todas las religiones encontramos representaciones semejantes; también en las antiguas, que ejercen tanto atractivo sobre nosotros, hay algo de esto que siempre nos seduce. En la religión cristiana encontramos las leyendas de los santos, las historias de los mártires, que se basan parcialmente en hechos surgidos de una fantasía que trabajó con los medios más crueles. Estas historias no las imaginaron quienes manejaban las armas, sino gente pacífica, personas inclinadas sobre los libros que daban libre curso a su fantasía. Buen ejemplo de ellos son las famosas llagas de San Francisco de Asís. Lo que hallamos en las leyendas de los mártires volvemos a encontrarlo exactamente en los cuentos. ¿Qué es lo que nos interesa? Lo que más le gusta al niño por encima de todo, es la madrastra; ella que es el objeto del cuento, se metamorfosea en bruja o en maga. Es preciso que haya sufrimiento, y luego liberación; pero, sobre todo, sufrimiento: alrededor de él gira el tema. El placer obtenido en el sufrimiento se confirma también en el arte, en la tragedia. Las personas que censuran el sadismo y abominan de él no tienen la menor idea de que la lectura de una tragedia o de un artículo periodístico es la misma cosa. La gente que se siente oprimida por la tragedia es gente enferma. Cuando se piensa en el inicio de la guerra, vuelve a la mente la impresión de los primeros tiempos, y vuelve también el recuerdo de las presuntas crueldades. Hasta aquellos que permanecieron en la retaguardia escucharon los relatos del incendio de aldeas y del castigo a los francotiradores, con un placer que resulta significativo.

Querer sufrir y querer infligir dolor son impulsos que se desarrollan de distinto modo en los diferentes seres. Sin duda, se puede suponer que el sexo femenino se presta más al hecho de querer soportar el dolor, así como el sexo masculino al de querer infligirlo. Pero esto no debe tomarse al pie de la letra: tan pronto domina una pulsión y tan pronto la otra. Son impulsos que deben tomarse en consideración humanamente, pulsiones que desempeñan un papel muy importante en la concepción y en la posterior relación entre madre e hijo, así como en el nacimiento. Si en el momento de ocurrir éste la mujer no tuviera dolores (no tienen por qué sobrevenir complicaciones), si todo sucediera normalmente, sin ayudas artificiales, y sin dolores, gran parte del amor materno desaparecería: se puede observar en las mujeres que han sido anestesiadas. Son hechos estadísticamente demostrados. Los niños nacidos bajo anestesia no reciben el mismo amor materno que los niños nacidos a costa del dolor. Siempre parece que la madre fuera la única parte que sufre, pero el recién nacido se siente aplastado y dislocado, sólo que no puede decirlo, no puede defenderse. Las horas del nacimiento, en las que se le empuja a través de un canal estrecho, no pueden transcurrir sin dejar señales en el niño. Si a él no se le infligiera ese dolor, tampoco se preocuparía por su madre y por consiguiente no se desarrollaría. Se habría eliminado del mundo uno de los factores más importantes. El niño grita al venir al mundo, y esto tiene diferentes significaciones: la existencia agradable ha terminado; el niño entra en una situación incómoda que lo incita a gritar. Al niño le está permitido gritar; a nosotros, no. Nosotros ya no tenemos derecho a gritar y a derramar lágrimas. Nada de esto está bien y sí concuerda con el nivel general, tan bajo, que hemos adoptado ahora. El placer de infligir y de soportar dolor interviene durante el acto de nacer. Es imposible que el niño no perciba que la madre siente dolores. La madre no advierte que el niño lo siente, por el simple hecho de que éste no puede manifestarlos, aun cuando la circunstancia de que la madre tenga dolores debe de producirle cierto goce. Durante el nacimiento tiene lugar una hemorragia, y la sangre es la primera cosa que el niño aprende a conocer sobre la tierra. El niño percibe la sangre por el olfato, aun cuando no la vea. No hay duda de que el olfato es lo que con mayor intensidad estimula al niño cuando llega al mundo. El hecho de que no vuelva la cabeza cuando se le pasa amoníaco bajo la nariz no prueba nada. Simplemente no se halla todavía en condiciones de evitar lo desagradable. Lo primero que aprende a conocer el niño es la luz, y la sangre, y el contacto, el contacto de una mano humana cálida. Más tarde ve algo; obtiene una impresión de luz.

Las efusiones de sangre persiguen a los seres humanos durante toda su vida. Muchos son muy sensibles a ellas, porque en su educación se les ha inculcado el miedo a la sangre, a la sangre menstrual. De este modo se les inculca a muchos niños la angustia, la vergüenza y el terror a la sangre. Al principio, la sangre tiene algo que resulta atrayente. El sentido de la menstruación es poner sedienta de sangre a la mujer. Entre las cosas que más atraen está la sangre roja. No en vano el rojo es el color del amor. El rojo es el color de la sangre, es lo decisivo, lo importante para el ser humano, lo que lo induce a tal o cual decisión, lo que gobierna su vida.

Es algo a todas luces curioso e interviene profundamente en su vida: el papel que desempeña la efusión de sangre es una parte esencial del deseo de sufrir y de infligir sufrimiento.

La próxima vez hablaremos de los golpes. Al niño recién nacido ya se lo ha golpeado, para que despierte de su entorpecimiento. Cada vez que una madre quiere expresar claramente la alegría que le causa su hijo, si lo lleva en brazos, lo aprieta contra su pecho y le da unas palmaditas. Si se observa a la madre durante el aseo del niño, el punto culminante es cuando a la criatura se la acuesta boca abajo y ella lo besa. Así como el ser humano no puede vivir sin corazón, tampoco puede vivir si se le priva de los impulsos de querer hacer daño y de querer soportar el dolor. Quien reprime estos impulsos comete contra el ser humano un crimen cuyas consecuencias son la enfermedad, la guerra y la esterilidad.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37